

dor, según los dictados de su conciencia. Dejó trabajos científicos de mérito, escritos en estilo que se hacían leer agradablemente, en la *Revista Médica*, de la que fue uno de sus iniciadores.

Pero por encima del médico, del hombre público y del profesor, del jefe de los hospitales y del incansable trabajador, estaba el hombre bueno, eminentemente bueno, que pudo tener émulos pero no enemigos, porque hacía el bien a todo el que podía con sus conocimientos científicos y con sus recursos; el hombre festivo que ríe siempre, sin dejar de ser serio en los asuntos trascendentales de la vida, y sin dañar a nadie ni echar a pique reputación alguna con el chiste, dote malsano de los hombres de talento.

Fundó hogar modelo y dejó en su casa la tradición del caballero y del cristiano. De sus hijos los unos lo han imitado en su amor al estudio, los otros en su culto al trabajo, todos en su lealtad a la amistad y en su acrisolada honradez, porque fue amigo incomparable, y caballero y hospitalario como un castellano viejo.

Su jovialidad de todo momento daba muestra de la tranquilidad interior en que vivía y de la paz que llevaba con su conciencia.

Murió bajo la sombra tutelar de la religión católica, de esa santa religión en que vivió y a que ajustó todos los actos de su vida.

JUAN A. ZULETA

EL BOSQUE BLANCO

Una hermosa mañana de primavera encontrábase Berta en pie ante el espejo de su cuarto, admirando al mismo tiempo tres cosas agradables: el cielo azul que desde la ventana se descubría, las frescas flores que, colocadas en artísticos búcaros, embalsamaban el ambiente, y el vestido blanco, adornado con encajes antiguos, que aquel día había de estrenar.

Berta iba a cumplir veinte años. Sus amigas y conocidas habían dado en decir que era muy hermosa; y excusado es decir que ella lo creía así. Pero no había tal hermosura. Su frente recta, coronada por una espléndida cabellera castaña, no era lo bastante para llamarla hermosa, porque su boca, demasiado grande y el color terroso de la piel, más bien la hacían parecer fea.

Pero, no; tampoco era fea. La inocente sonrisa que animaba siempre su rostro y la vivacidad de sus ojos oscuros, que reflejaban la bondad de su corazón, prestaban a su rostro un encanto indefinible, que el vulgo tomaba por hermosura.

Otro atractivo tenía Berta, y era el ser muy piadosa. Todos los días asistía a la santa misa, confesaba y comulgaba con mucha frecuencia, y a estas prácticas piadosas debía el haberse mantenido siempre en el camino recto, a pesar de los muchos peligros a que estaba expuesta por la elevada posición de su padre.

Las campanas de la iglesia vecina repicaban alegremente, convocando a los fieles para la misa mayor.

Acompañada por una doncella, acudió Berta al templo. Aquel día sentía un peso inexplicable en el alma, un vago disgusto al considerar su vida, en cierto modo ociosa; un deseo vehemente de hacer algo, de trabajar por Dios. Arrodillada al pie de un crucifijo, oró fervorosamente, pidiendo al Señor que la iluminara y que la diese a conocer de qué modo podría ser útil a sus semejantes. Y salió del templo consolada y fortalecida.

El sol espléndido inundaba el paseo de luz y de alegría. El día, templado y apacible, se embalsamaba con el aroma de las primeras flores. Berta decidió pasear un rato antes de volver a su casa. Su padre había salido ya para la fábrica de luz eléctrica, que poseía en uno de los barrios extremos de la ciudad; ningún deber reclamaba la presencia de la joven en su casa. Acompañada, pues, de su doncella, se encaminó hacia el campo.

Al salir de la calle de árboles, hubieron de detenerse las jóvenes para dejar paso a un carrito cargado de ramos de pino, del cual tiraba un muchacho como de siete años de edad. El pobre chico sudaba y jadeaba, abrumado por aquel peso, muy superior a sus fuerzas. Al reconocer a Berta, el chicuelo dio un grito e hizo ademán de huir, pero la joven le detuvo, preguntando:

—¿Qué es eso, Pedro? ¿No vas a la escuela?

—No es hora todavía...

—¿De qué tienes miedo? Y ¿qué es eso que llevas en el carro?

El chico no respondió. Gruesas lágrimas rodaban por sus pálidas mejillas.

—Pero, hombre—exclamó asombrada Berta,—¿por qué lloras?

—No me atrevo a decirlo...

—Vamos, Pedro; no creo que hayas hecho nada malo; pero si lo has hecho, ya sabes que yo te quiero mucho y te ayudaré a reparar el mal.

Pedro seguía llorando. Al cabo de unos minutos, se decidió a hablar.

—Sí, señorita, he hecho una cosa mala... He ido al bosque vedado y he cortado cuatro ramas de pino para mi hermana María que está tísica... El médico ha dicho que necesita aire de pinos, pero la pobre no puede andar... y si pudiera, no se atrevería a ir al bosque, porque el amo ha puesto guardas para que no éntre nadie... Entonces yo pensé: seguramente que se morirá aquí metida; pues no: yo iré a buscar ramas de pino y las pondré al rededor de la cama... así olerá a bosque... y acaso se cure...

—¿A qué hora has salido de casa?

—Al mismo tiempo que mi padre salió para la fábrica. Madre no se ha enterado. Tampoco dije nada a padre, porque no me hubiera dejado ir. He corrido mucho para llegar al bosque antes que fuera de día... Pero, señorita... ¿me dejará usted llevar las ramas?... Sí que he hecho mal, pero, la pobre María está tan mala...

Berta, profundamente conmovida, le abrazó.

—No has hecho mal, hijo mío, no has hecho mal... Véte a llevar las ramas a tu hermana... Yo iré luego a verla.

Y mientras el chiquillo se alejaba, llorando todavía, Berta reflexionaba y lloraba también.

El Bosque Blanco era una magnífica selva de pinos que el padre de Berta había comprado para dedicarla a la caza. Hallábase el bosque a una legua escasa de la fábrica. En otros tiempos los obreros iban allí con sus familias los domingos, y pasaban el día alegremente en un honesto esparcimiento. Pero luego, por unos robos de escasa importancia que allí se habían cometido, el rico industrial mandó acotar el bosque y que nadie entrase en él, bajo pena de severas multas. ¡El Bosque Vedado! Así le llamaba todo el mundo. En los tiempos de la madre de Berta se llamaba el Bosque Blanco.

No había cambiado de nombre mientras vivió aquella santa mujer.

Berta no iba al bosque casi nunca, y su padre lo tenía casi olvidado; únicamente en el otoño organizaba con sus amigos algunas cacerías. Muchas veces había dicho a Berta: "No vale la pena, para cuatro días de caza al año, de estar gastando lo que me cuesta el Bosque Blanco. Si no fuera recuerdo de tu madre, ya le habría vendido."

La joven nunca se había ocupado del bosque, pero entonces una idea se había apoderado de su mente. Pensaba en la pobre enferma que, por temor de ser presa por el guarda, no se hubiera atrevido a respirar el aire embalsamado por los pinos, el aire que necesitaba para vivir... ¿Para qué servía entonces aquel bosque si no era para los que lo necesitaban? ¡Qué horrible crueldad!... Y todo para gustar por algunos días el placer de la caza...

Todas estas cosas pensaba Berta mientras volvía a su casa.

Tomó allí algunas provisiones y dos grandes ramos de flores que adornaban la chimenea de su cuarto, y tornó a salir, encaminándose a casa de la enferma.

Vivía la familia de Pedro en el último piso de una casa de vecindad. Berta no había nunca visitado a los pobres en sus casas. Juzgábase incapaz de consolarlos, y aunque era muy caritativa y espléndida en sus limosnas, no había visto la miseria de cerca. Por eso se sentía conmovida cuando, después de subir los cuatro pisos, se encontró ante la puerta del cuarto que buscaba.

Llamó, y una voz respondió desde dentro: "¡Adelante!" La joven penetró en una habitación miserable, pero limpia y ventilada. En una cuna dormía un niño como de dos años, y una joven se hallaba recostada en un sofá medio desvencijado. Era María, la hermana de Pedro. Sus cabellos de oro, recogidos en trenzas, formaban una espléndida corona sobre su frente. Sus ojos azules, rodeados de un círculo morado, las mejillas inflamadas por la fiebre y la respiración anhelosa de su pecho, indicaban los progresos que en aquel débil organismo había hecho la terrible enfermedad. Sobre el sofá y al rededor de él se veían las ramas de pino cogidas por Pedro.

Al ver entrar a Berta, la enferma se sobresaltó.

—Mi madre no está en casa—dijo con voz temblorosa.—¿Quería usted mandarla algo?...

—No; vengo a verte a ti, María. ¿No te ha dicho Pedro que iba a venir?

—¡Ah! ¿pero es usted la señorita?... Sí; me había dicho mi hermano que vendría la hija del amo, pero yo no quería creerlo... Los pobres no tenemos visitas tan altas.

—Pues ya ves que he cumplido mi palabra. Y si hubiera sabido que estabas enferma, habría venido antes. ¿Cuánto tiempo hace que estás así?

—Un año. Estaba de aprendiz en un taller; teníamos mucho trabajo y comíamos mal; aquello acabó conmigo. Pero no quise decir nada a mis padres, por-

que harto tenían con lo demás... Somos siete hermanos y yo la mayor... ya ve usted; había que ayudar. Luégo me ha pesado, porque las medicinas cuestan caras, y ahora no sirvo para nada. Mi madre vela hasta media noche cosiendo para un almacén... Pero esto no puede durar. Yo soy una carga y siempre estoy pidiendo a Dios que me lleve...

—Pero, si todavía puedes curarte, mujer. ¿Qué dice el médico?

—Dice que necesito aire de pinos y comer bien, pero como somos tan pobres, no podemos salir al campo... Por eso ha ido mi hermano a cortar estas ramas de pino... ¡Ah! no sabe usted el bien que me hace este olor... ¿Permitirá usted a Pedro que vuelva al bosque, señorita?

—No sólo se lo permitiré, sino que haré algo mejor: te llevaré al bosque esta tarde... Vendré a buscar-te en el coche.

—¡Ay, señorita! No me atreveré a salir con usted. No tengo nada que ponerme: un vestido que tenía tuvimos que empeñarlo...

—No te preocupes por eso; ya buscaremos un vestido para ti. Vaya, adiós, volveré a las tres a buscarte.

—Pero, si no puedo bajar la escalera...

—¿A qué hora sale tu padre para la fábrica?

—A las dos.

—Pues vendré a las dos y entre tu padre y el cochero te bajarán.

—¡Qué buena es usted, señorita Berta!—exclamó la pobre enferma, con los ojos llenos de lágrimas.

A la hora de comer empezó Berta a desarrollar el plan que se había propuesto. Contó a su padre todo lo que la había sucedido por la mañana y la promesa que había hecho a la enferma.

—Papá—dijo luégo, acariciando a su padre,—¿me permitirás que la lleve todas las tardes al bosque?

—No me gusta que andes con esa gente.

—¿Por qué?... Pues, ¿sabes lo que te digo?, que me gusta más María que mis amigas las aristócratas. Ya me sé de memoria todas sus ridiculeces, todas sus manías y todas sus vanidades.

—¿Qué dices? ¿Es que tú eres perfecta?

—No; y me avergüenzo de mí misma cuando pienso en mi vida inútil y la comparo con la de esas pobres jóvenes obreras. ¡Oh!... ¡Déjame hacer algo bueno!... ¡Déjame llevar a María al bosque!

—¡Esta chiquilla mimosa siempre se ha de salir con la suya!... Bueno; te dejo que la acompañes al bosque... Ya verás que pronto te cansas de hacer de hermana de la caridad.

Y el opulento industrial se levantó de la mesa malhumorado y se dirigió a su despacho. Pero Berta, alegre y satisfecha, le detuvo y abrazó efusivamente, prodigándole las frases más cariñosas, con lo que consiguió disipar el mal humor que su petición había ocasionado.

Era la una y media. Los obreros que se encaminaban al trabajo miraban con curiosidad y envidia el lujoso landó que esperaba a la puerta de la casa de María.

La enferma, conducida en brazos por su padre, bajó hasta la calle. Berta la había vestido con un sencillo traje y un gran sombrero que la resguardase de los rayos del sol.

Al verlas acomodadas en el carruaje, una al lado de la otra, cualquiera las hubiera creído hermanas.

Lentamente, para no fatigar a la enferma, el coche tomó el camino del bosque. Llegadas a él, María fue colocada en una mecedora que Berta había mandado llevar.

¡Cuánto gozaba la pobre enferma respirando aquel ambiente embalsamado! Por sus mejillas demacradas

rodaban lágrimas de agradecimiento y sus labios murmuraban :

—¡ Oh, qué bien se está aquí!... ¡ Si yo pudiera estar aquí siempre!...

También Berta pensaba en la necesidad de volver. ¡ Qué duro había de ser para la enfermita tornar a encerrarse en su mísero tugurio!... ¡ Volver a respirar el aire corrompido del corredor infecto!... Y se preguntaba si su generosidad, o su capricho, que ella había creído una gran idea, no serviría únicamente para hacer aún más pesada la cruz de aquella pobre joven... Pero, no. ¿ Por aquellas consideraciones iba a dejarla abandonada?

—¡ Ay, señorita!—exclamó de pronto María, interrumpiendo las penosas meditaciones de Berta.—Si todos los obreros pudieran venir al Bosque Blanco... ¡ Qué obra de caridad sería! Mire usted; ya me siento mejor... Para mí será imposible volver... Y ¡ qué triste es mi casa!

—Míra,—dijo Berta con resolución;—he pensado que te quedes aquí. Hoy no; tenemos que consultarlo primero. La mujer del guarda es muy buena y creo que consentirá con gusto en tenerte en su casa y cuidarte durante el verano, si mi padre lo permite.

Y dicho y hecho. El padre de Berta consintió el nuevo capricho de su hija, y María quedó instalada en la casita del guarda, cuya mujer la atendía y mimaba como si fuera hija suya.

Pero Berta aún no estaba satisfecha. Cuando su padre le preguntó, según costumbre, qué quería que la regalase en el día de su cumpleaños, respondió la joven:

—Quiero el Bosque Blanco sin ninguna restricción.

Asombrado el buen hombre, accedió a la petición de su hija, y el sábado siguiente, día de paga en la fábrica y, por lo tanto, día de borracheras y de escándalos, los obreros se encontraron el siguiente anuncio pegado en las puertas del despacho:

Mañana domingo, 18 de mayo, todos los obreros, con sus familias, podrán ir a comer al Bosque Blanco. Habrá dos coches para los niños y ancianos. La salida a las once, después de misa.—BERTA DE ECHEVARRÍA.

—¡ Oh!—decían conmovidos los viejos,—la señorita tiene el corazón de su madre, que en gloria esté.

—¡ Qué felicidad!—exclamaban los jóvenes—¡ Cuánto nos vamos a divertir!

Y las mujeres lloraban de alegría. ¡ Aquel día no irían los hombres a la taberna a jugarse el jornal.

El padre de Berta no quiso tomar parte en la fiesta. Por la mañana, temprano, pretextó un negocio que le obligaba a salir de la ciudad, y se marchó. No desagradó a Berta esta circunstancia, porque así tendría más libertad para dedicarse en cuerpo y alma a su obra.

Después de la misa, como estaba anunciado, comenzó el éxodo. Los obreros, al lado de sus mujeres, llevando de la mano a los chiquillos, alegres y gozosos como ellos, emprendieron el camino del Bosque Blanco. Los ancianos y enfermos iban cómodamente en dos tartanas que Berta había mandado preparar para ellos.

La caritativa joven les esperaba en el bosque. Habíase levantado muy temprano, y después de oír la misa del alba, acompañada de unos cuantos criados de la casa, había ido al bosque a disponer todo lo necesario.

Dos grandes mesas se hallaban preparadas a la sombra de los pinos, bien provistas de apetitosos manjares.

El día fue espléndido. El bosque, tomado por asalto, no sufrió ningún desperfecto; nadie osó tocar a una rama siquiera.

Hasta la noche resonaron bajo los gigantescos pinos las alegres canciones de los obreros. Los jóvenes se entretenían en animados juegos, mientras los viejos revolvián las matas para buscar las primeras setas. Las muchachas charlaban y reían; los niños jugaban al escondite entre los árboles.

A las seis dio Berta la señal de la partida.

—Volveremos el domingo,—dijo la joven a los obreros, que al llegar a su casa la aclamaban entusiasmados;—el Bosque Blanco ha sido el regalo de mi santo, y yo os lo cedo. Usad de él como en los tiempos de mi madre, y ella se alegrará en el cielo.

Un anciano que había conocido a la madre de Berta, se acercó a la joven y le dijo conmovido:

—Señorita: hace usted una obra de caridad muy grande. Así no se malgastarán los jornales, y los chicos respirarán el aire libre, que buena falta les hace. Dios la bendiga como nosotros la bendecimos.

—¡Sí, sí! ¡Viva la señorita Berta!—exclamaron a un tiempo cien voces.

Y las mujeres, que siempre son más expresivas, rodearon a la joven llamándola ángel del cielo, hermana de la caridad y otras cosas por el estilo, hasta que Berta, rendida, las mandó callar, y despidiéndose de todos, entró en su casa.

Ante la puerta se repitieron las aclamaciones, y Berta vióse obligada a salir al balcón y darles las gracias, diciéndoles también que su padre aún no había vuelto.

—Gracias, amigos míos—dijo la joven a los obreros—Ya saludaré a mi padre en vuestro nombre.

Y entrando en su cuarto se dejó caer en una butaca, rendida, pero satisfecha, porque al cabo había encontrado la manera de ser útil a los pobres y de trabajar por Dios.

El señor Echevarría, descontento de sí mismo, de su hija y del mundo entero, volvió a la ciudad en el tren de las nueve de la noche. Había pasado el día malhumorado por el *capricho* de su hija y por la debilidad que había tenido en acceder a él.

Extrañóse de que la joven no hubiera bajado a la estación, como hacía siempre que él salía del pueblo, y aún más se extrañó al ver en el andén un numeroso grupo de obreros de su fábrica que estaban esperándole.

Uno de ellos se acercó y le dijo:

—Don Juan: no hemos querido esperar hasta mañana para dar a usted las gracias por el regalo que ha hecho usted a la señorita y que tanto bien nos trae a nosotros.

—Bien, bien; me alegro de que os hayáis divertido... pero no me deis a mí las gracias... Yo no tengo nada que ver con eso; es cosa de mi hija... agradecéd-selo a ella.

—Y a usted también, don Juan... Aquí... los compañeros han cogido en el bosque un cesto de setas, para ofrecérselo a usted...

Y el obrero presentó al señor Echevarría un cestito de mimbres adornado con cintas de colores.

El industrial, emocionado, estrechó la mano del obrero y los invitó a todos a tomar café a su casa.

No se lo hicieron repetir, y por el camino contaron al amo las peripecias de aquel día de campo que la generosidad de la señorita les había preparado.

Berta, que esperaba a su padre para cenar, se sorprendió al verle llegar acompañado de los obreros.

—Papá—exclamó corriendo a su encuentro,—dispénsame que no te haya esperado en la estación; estaba tan cansada... como madrugué tanto... Pero no te he olvidado; vén y verás.

Y llevándole al comedor le mostró sobre el blanco mantel una inscripción hecha con flores y ramitas de pino, y que decía:

“A mi querido padre. Recuerdo del Bosque Blanco.”

Abrazóla su padre conmovido, y exclamó:

—Todos os habéis acordado de mí, que no lo merezco... y me habéis conquistado. ¡Viva el Bosque Blanco! ¡El domingo iré con vosotros!

